

MÉXICO EN FILIPINAS*

Rafael BERNAL
Servicio Exterior Mexicano

LAS RUTAS DEL COMERCIO no sirven tan sólo para llevar mercaderías. Llevan también hombres y, con los hombres, las ideas, las palabras, las maneras de vida, las artesanías y las artes. Doscientos cincuenta años de contacto y comercio entre Filipinas y México tuvieron que dejar enormes huellas en los dos pueblos. En una estampa mexicana del siglo XIX el artista representa al puerto de Acapulco. Es un pintor de la época romántica, cuando el mar siempre se veía encrespado. Así en la estampa las olas rompen en la playa de Hornos, mientras algunos veleros se inclinan ante el viento. Y casi en primer plano vemos algo sorprendente, algo que no es de América: una canoa con balancines a la manera malaya o polinesia, una canoa que no se vuelca aún en las olas más altas. En ninguna otra parte de América, ni aún entre los caribes, grandes navegantes, se encontrará un artefacto semejante que ha llegado a Acapulco con los marinos de Filipinas que tripulaban el Galeón de Manila.

Y asimismo llegaron a Filipinas, desde México, una gran cantidad de cosas. No tan sólo la plata de las minas, que hizo posible el comercio con China, sino miles de productos, de ideas, de maneras de vida, importantes unas, humildes las otras, que son ahora parte integrante de la cultura filipina, que el filipino actual consume y usa, sin saber muchas veces de su origen mexicano. Pero las ideas y los productos viajan siempre con los hombres y por lo tanto conviene, antes de ver esas cosas mexicanas que aún existen en Filipinas, el tratar de entender a los hombres que las trajeron.

Hubo en Filipinas tres tipos diferentes de hombres me-

* Este artículo forma parte del libro *México en Filipinas. Estudio de una Transculturación*, que publicará el Instituto de Investigaciones Históricas de la U.N.A.M.

xicanos, tanto criollos, como indios y mestizos. Unos eran los oficiales del rey, miembros de la Audiencia, de la administración pública y los comerciantes, a quienes podremos llamar los hombres de intramuros. Otros eran los clérigos, obispos, sacerdotes, misioneros miembros de las diferentes órdenes religiosas. Los terceros eran los "guachinangos", los hombres del pueblo, los soldados y marinos, anónimos, olvidados, absorbidos en su totalidad por la población filipina. De los primeros y los segundos conocemos muchos nombres y muchas biografías. De los terceros no conocemos más que la huella que dejaron de su paso por la vida filipina. Los dos primeros grupos se integraban con criollos de las diferentes provincias del Virreinato. El tercero se formaba con indios y con mestizos.

En los grupos de criollos podemos contar en primer lugar a los dos nietos de Legazpi, Felipe y Juan de Salcedo, naturales de la ciudad de México. Juan se destacó por sus grandes dotes militares en la conquista y la pacificación y por salvar a Manila del ataque del pirata Li-Ma-Hong. Pero dejó también fama por su amor y comprensión de los naturales. Murió a los veintisiete años de edad, dueño ya de una encomienda considerable que heredó a sus mismos vasallos filipinos. El primero tesorero de la Catedral de Manila era el padre Luis de Salinas, originario también de la ciudad de México. El primer misionero de Cebú, el padre Agustín de Villegas era también mexicano.

La hija de don Antonio de Morga, el inquieto y célebre cronista, casó en Manila con un mexicano, Juan Alonso de Mojica. Y también criollo de la Nueva España, originario de la Puebla de los Ángeles era Felipe de las Casas, más conocido como San Felipe de Jesús, mártir del Japón, quien pasó a Filipinas castigado por su familia y allí se convirtió e ingresó como hermano lego al Convento de San Francisco.

En 1653, junto con el nuevo gobernador don Sabiniano Manrique de Lara, llegó a Manila el arzobispo don Miguel Millán de Poblete, natural de Puebla, quien había sido gran amigo y compañero del obispo Palafox y que trajo a las Islas el mismo deseo que tuvo siempre su amigo, de controlar las

actividades de los misioneros del clero regular. Fracasó en su intento por no contar con los suficientes sacerdotes seculares, ya que por entonces había en las islas doscientos cincuenta y cuatro miembros de las órdenes y tan sólo sesenta sacerdotes seculares. Con el arzobispo Poblete vino también el dominico fray Rodrigo de Cárdenas, nombrado obispo de la Nueva Segovia y que era natural del Perú. Por cierto que una piadosa leyenda nos cuenta que fue el arzobispo mexicano Millán de Poblete quien logró que las sardinas regresaran a las aguas de la Bahía de Manila, cuya ausencia había hecho padecer gravemente a los naturales. Resulta que el gobernador Hurtado de Corcuera tuvo tan graves diferencias con el arzobispo de Manila que recurrió al extremo de desterrarlo de la ciudad a la Isla de Corregidor. El arzobispo, como respuesta, puso en entredicho a la ciudad y el mismo día desaparecieron todas las sardinas de la Bahía. Millán de Poblete, al llegar a Manila, logró un acuerdo con el Gobernador don Sabiniano y levantó las censuras eclesiásticas que pesaban sobre la ciudad. Para celebrarlo se organizó una lucida procesión, con todas las corporaciones y el cabildo y ese mismo día volvieron a aparecer las sardinas en las aguas de la Bahía.

Por esos tiempos estaban en Manila otros criollos mexicanos de importancia en la vida colonial. Miembros de la Real Audiencia eran don Sebastián Caballero de Medina y don Salvador de Espinosa, mexicanos.

En 1762 era arzobispo de Manila don Manuel Antonio Rojo, natural de Huichapan, México. A la muerte del gobernador don Pedro Manuel de Arandia, fue declarado gobernador interino y a él correspondió el defender la colonia de los ataques de los ingleses y el triste deber de entregar la ciudad a las fuerzas invasoras. Pero al hacerlo tuvo buen cuidado, aun a riesgo de su vida y libertad, de salvar las fuerzas filipinas y mexicanas que estaban bajo las órdenes de don Simón de Anda, para que pudieran seguir la lucha en contra de los ingleses. Así mismo pudo poner a salvo la plata del galeón que llegaba de Acapulco.

ENTRE LOS PRIMEROS MISIONEROS que pasaron a Filipinas encontramos a muchos mexicanos. Ya hemos visto como fray Andrés de Urdaneta había profesado en la ciudad de México y trabajado largos años en la Nueva España. Lo mismo podemos decir de fray Martín de Rada su compañero, que se preciaba también de ser gran cosmógrafo y de haber estudiado matemáticas en Salamanca. Pasó de España a México en 1567 y se especializó en el estudio de la lengua otomí.

Agustinos también eran fray Diego Ordóñez de Vivar, natural de la ciudad de Guadalajara en la Nueva Galicia, quien llegó a Manila en 1570 y murió en un pueblo de la Pampanga, en la isla de Luzón en 1603. Fray Genónimo Marín era originario de la ciudad de México y pasó a Filipinas en 1571, donde se destacó al lograr la pacificación de los rajás Lacandola y Ladia Solimán quienes, aprovechando la llegada de Li-Ma-Hong, habían abandonado su nueva fe y se habían unido con los chinos en contra de los españoles. Más tarde fue con el padre Rada a China y posteriormente fue enviado de regreso a España como Comisario de la Orden, para ir a morir al convento de Tlayacapán en 1606. Fray Juan Gallegos, definidor de la Orden, muerto en 1581, era natural de la ciudad de México, lo mismo que el padre fray Juan de Bihuerta quien fue a morir junto al gobernador Dasmariñas cuando los remeros chinos de su galera se amotinaron en la ruta a las Molucas en 1593.

El primer prior del Convento de Guadalupe en Filipinas, nombrado en 1601 fue fray Juan de Montesdoca, quien siendo muy niño había sido llevado por sus padres a México, donde se educó y profesó. Según fray Elviro Pérez, O. S. A., la primera imagen de la Virgen de Guadalupe que hubo en dicho convento fue una de talla, traída de Extremadura. El mismo año de 1601 murió a manos de los naturales el fraile mexicano Esteban Martín.

Era tal la cantidad de agustinos criollos que pasaron a Filipinas que se llegó a crear un conflicto grave entre los peninsulares y los mexicanos. La cuestión hizo crisis cuando fray Vicente de Sepúlveda quiso reformar la orden y hacerla a su imagen, ascética y estricta en todo. La idea era lauda-

ble sin duda, pero al parecer fray Vicente no tenía mucho tacto y se echó en contra a los frailes criollos de México. El 30 de junio de 1617 un grupo de frailes descontentos asesinó en su celda a fray Vicente. Fue tal el escándalo provocado por este crimen que, por un tiempo, pareció acabarse la cuestión entre españoles y criollos aunque en los Capítulos de la Orden de 1623, 1626 y 1629 se volvió a hacer sentir con tal fuerza que las autoridades civiles tuvieron que mandar una guardia especial que cuidara de la paz en las deliberaciones.

También fueron muchos los franciscanos mexicanos que pasaron a Manila en los primeros años de la pacificación y cristianización. Uno de los primeros fue fray Juan de Ayora, el cual, aunque no era mexicano, tenía un largo historial en la Nueva España, donde había compuesto un "Arte de la Lengua Mexicana" y un "Vocabulario Mexicano". Felipe II lo había propuesto para obispo de Michoacán pero, por la santa humildad, renunció a ello y vino ya anciano a Filipinas, donde murió.

De Matlazingo, cerca de Toluca, era fray Antonio de Villanueva, quien fuera guardián del Convento de Metepec y ya de más de sesenta años pasó a las Filipinas y, posteriormente, a China, donde murió en 1582. De la ciudad de México eran fray Miguel de Siria y fray Alonso de Jesús, alias "El Capitán" porque en sus mocedades había sido soldado en ciertas conquistas de América. Vino a morir en Manila en 1586. Fray Miguel de Bustos llegó a Manila siendo aún lego y murió en 1585 a los pocos días de cantar su primera misa. Era originario de la ciudad de México. De Lagos en Jalisco era fray Diego Bernal que murió ahogado cuando iba de regreso a México, junto con el padre Rufino de Esperanza, hijo también de la Provincia del Santo Evangelio de México. El tlaxcalteca fray Juan Lorenzo había sido minero y acuñador de moneda en sus juventudes y ya tenía más de cuarenta años cuando tomó el hábito en Manila.

En el galeón de 1592 se embarcaron en Acapulco muchos franciscanos, entre los cuales encontramos a doce que ha-

bían profesado en el Convento de San Diego y a tres en el de San Cosme en México. Posteriormente pasaron muchos otros mexicanos aunque poco a poco, como lo podemos ver en el "Catálogo Biográfico de Religiosos Franciscanos" del padre Eusebio Gómez Platero, dejaron de ir mexicanos a Filipinas y se incrementó el número de españoles hasta que a fines del siglo xviii ya prácticamente no se encuentran franciscanos de México en las misiones filipinas. Prácticamente lo mismo se puede decir de los dominicos y los agustinos.

Fueron también muchos los misioneros dominicos que pasaron a Filipinas de Puebla, México, Chiapas y Guatemala. La primera misión dominicana que salió de España era la presidida por fray Juan de Castro. El 17 de julio de 1586 se embarcaron en España cuarenta frailes, pero tan sólo quince de ellos llegaron a Manila un año más tarde. De los veinticinco faltantes, algunos quedaron en México, pero la mayor parte murió en el trayecto. En la tercera misión de la Orden de Predicadores, en 1589, pasó fray Alonso Montero, quien había profesado en el Convento de Santo Domingo de la ciudad de México, aunque era castellano de nacimiento. En la misión de 1595 pasaron fray Juan de Zarfate y el hermano Dionisio, lego, ambos originarios de la ciudad de México. En 1598 llegó a Filipinas fray Francisco Martínez, originario de Zacatecas, con fray Gerónimo de Celis y fray Gerónimo de Molina, de México y fray Diego Carlos de Guatemala. En 1604 pasó fray Luis de Illescas, de Puebla y en 1611 fray Martín de Plaza con otros tres compañeros mexicanos. Posteriormente llegaron trece frailes mexicanos más, antes de 1650. Otros muchos dominicos eran probablemente mexicanos, pero en el Catálogo no se da su patria ni su origen.

También llegaron jesuitas mexicanos desde los orígenes de la Compañía en Filipinas. En el grupo que trajo el padre Humanes en 1595 venía el lego Juan de Ribera de Puebla, quien cantó su primera misa en Manila en 1599. En 1604 profesó en la Compañía el padre Tomás de Montoya, originario de Zacatecas. Con él habían zarpado de Acapulco

el oaxaqueño Juan del Bosque y el poblano Diego Sánchez.

En 1601 llegó un nuevo grupo de jesuitas a Filipinas, trayendo como superior al padre Gregorio López. Con él venían Tomás de Villanueva, nacido en Puebla en 1572 y Pedro de Segura, zacatecano, quien recibió las sagradas órdenes en Manila a los cuarenta y dos años de edad. El padre Francisco de Roa, originario de la ciudad de México, fue electo provincial dos veces. En su primer período, en 1644 un terremoto asoló la ciudad de Manila. El padre Roa estaba a la sazón con el padre Salazar en la residencia que tenía la Compañía en San Miguel, extramuros de la ciudad. Al desplomarse el edificio murió el padre Salazar y el padre Roa quedó mal herido. Quince años más tarde volvió a ser electo provincial.

El padre Juan de las Misas había nacido en la ciudad de México en 1593 y murió a manos de los piratas musulmanes de Sulu, cuando tomaron la galera en la que iba, cerca de la isla de Marinduque en 1624. Notable fue el padre Gerónimo Cebreros, nacido en la ciudad de México en 1631. En 1653 llegó a Manila y fue enviado a las misiones de las islas Molucas que, más de cien años antes, había fundado San Francisco Xavier. Cuando España ordenó la rendición de las islas a las fuerzas protestantes de Holanda, el padre Cebreros y un compañero se quedaron en la pequeña isla de Siao, donde había un gran grupo de católicos. Allí se sostuvieron a pesar de los ataques de los holandeses, hasta que ya no fue posible resistir y en 1677 rindieron la isla y pasaron todos, pueblo, datu católico y jesuitas a Manila, donde se radicaron en Cavite y trajeron consigo el idioma que aún se conoce como "chavacano" del cual se hablará más tarde.

ESTOS ERAN LOS CRIOLLOS, los hombres de intramuros, los hombres del poder civil y del poder eclesiástico. Es indudable que su influencia ha sido enorme en la moderna cultura filipina y, aunque como hemos visto, muchos de ellos eran mexicanos, su huella se pierde dentro del gran cuadro de la influencia española. El oidor mexicano traía las leyes

españolas; el obispo las formas de la vida católica. Los oficiales reales y los comerciantes trajeron muchos de los productos y frutos mexicanos. Un tiempo se trató de suplir el consumo del arroz con el del maíz. No se pudo lograr en parte porque a la mujer filipina le pareció que el trabajo de preparar el maíz en forma de tortillas era excesivo y que el sabor no era tan agradable como el del arroz hervido en agua, la famosa "morisqueta". Tal vez si los mexicanos del pueblo hubieran traído mujeres que prepararan las tortillas, se hubiera podido implantar el maíz como alimento básico. Pero los mexicanos del pueblo llegaban a Manila sin mujeres y es sabido que el mexicano que suele y puede intervenir en muchos aspectos de la cocina, como hacer el pan o asar la carne, no tocará jamás el metate, ni hará tortillas.

La gente de intramuros llevó también de México el cacao, que se aclimató maravillosamente y es ahora uno de los productos más importantes de las Islas. Antes de que el chocolate se industrializara, se elaboraba en las casas, como en México. Había chinos que iban de casa en casa, con sus piedras de moler, preparando las diferentes recetas de chocolate, según los gustos de cada familia, como las famosas chocolateras de México. También de México se trajo oficialmente el tabaco que se ha convertido en uno de los productos de exportación básicos en las Islas. Los cigarros y los cigarrillos son de una extraordinaria calidad. La caña de azúcar fue llevada también de México, aunque no era un producto de América, sino llevado a ella por los españoles. Como rastro de que en un tiempo fuera ésta una industria mexicana, quedó el uso de la palabra "panocha" para designar el azúcar morena, palabra que con ese sentido tan sólo se emplea en México y en Filipinas. En un principio los hombres de intramuros trajeron caballos y ganado vacuno de México; pero no se aclimataron bien y posteriormente optaron por traerlos de China y de Siam.

En cuanto a la labor de los misioneros, tanto mexicanos como españoles, se ha discutido extensamente. Siguiendo los diferentes lineamientos políticos de las épocas y los autores, se les ha vilipendiado o se les ha puesto por encima de

los cuernos de la luna. Hay quien destaque en ellos tan sólo los graves escándalos en que se vieron envueltos, la codicia de algunos, las frecuentes faltas en contra de la castidad y la imposibilidad constante que tenían las órdenes de disciplinarse a sí mismas. Se les tacha su rebeldía frente a los obispos y, en ocasiones, frente a sus mismos superiores, así como muchos y muy graves descuidos en contra de las mismas reglas de sus congregaciones. Todo eso es cierto, indudablemente, pero es tan sólo un lado de la estampa. Por el otro encontramos que la unidad filipina, por lo menos su más importante eslabón, el catolicismo, se debe a ellos. La sólida vida del filipino en el campo, en los barrios y pueblos es obra de los misioneros. La imprenta, los colegios, las universidades, los hospitales tienen en ellos su origen. Durante más de trescientos años fueron omnipotentes en Filipinas. En muchas ocasiones había más sacerdotes que civiles entre los españoles y mexicanos del archipiélago. Ellos eran los únicos que estaban en contacto directo con el pueblo, los que con el pueblo vivían las alegrías y las miserias campesinas que los criollos de intramuros ignoraban. Los escándalos que dieron fueron en verdad muy pocos para hombres con tanto poder durante tantos años. Pero los escándalos se recuerdan siempre, el asesinato del superior de los agustinos, los ridículos pleitos por las preeminencias, sobre todo entre dominicos y jesuitas. Y en cambio se olvida su inagotable caridad, sus sufrimientos, su soledad y, en muchos casos, sus muertes heroicas. La existencia ahora mismo de una gran mayoría católica en Filipinas es el mejor monumento a su obra y es su huella imborrable.

Pero, en cierto aspecto, a pesar de la enorme influencia que el fraile tenía sobre el pueblo, era también uno de los hombres de intramuros. Vivía tras de los muros de su cultura, de sus votos, de su convento, de su carácter de párroco, juez, árbitro y por lo general gobernante del barrio. No podía por lo tanto formar parte de la familia filipina; no podía influir en las palabras de la casa, de todos los días; no lograba modificar la comida y las costumbres que existen entre las paredes de nipa y bambú del "bahay gubu". No

podía crear un mestizaje, ni en la sangre ni tampoco en la cultura.

Pero hubo otros hombres mexicanos que sí entraron a las casas con los productos humildes de su tierra, como la jícama, el chico zapote, el chayote, la papaya, la flor de la calabaza y el camote. Llevaron sistemas de cocina, como el tamal y el atole. Eran los "guachinangos", los soldados y marinos. Eran hombres del pueblo, muchas veces mandados a Filipinas por la fuerza, ya fuera por justicia o huyendo de la justicia. Por lo general eran hombres jóvenes, sin grandes arraigos familiares en México, sin mujeres, quienes gozaban por primera vez de la calma de una familia en Filipinas. Otros eran los marinos del galeón, enganchados por la fuerza para acabar la tripulación y que desertaban en llegando a Manila, temerosos del largo viaje de regreso donde, lo sabían bien, muchos morirían. También marinos filipinos desertaban en Acapulco y se quedaron en el actual Estado de Guerrero.

MUCHOS GRUPOS MEXICANOS obtuvieron tierras en Luzón, en Masbate y otros sitios de Pampanga, lo mismo que en Cavite. Esta gente, como era lógico, al poco tiempo se perdía entre el pueblo filipino, casaba con mujer filipina, aprendía un nuevo idioma, una nueva vida y unas costumbres nuevas, pero enseñaba también parte de las suyas. Por las palabras mexicanas que encontramos aún en uso tanto entre el pueblo de habla tagala, en el español y en el idioma "chavacano", podremos tal vez darnos cuenta del tipo de hombres que eran estos mexicanos. Veamos algunas:

AJONJOLÍ: Sésamo. Palabra que ya casi no se escucha en Filipinas, pero que encuentro citada en el libro *"A Visit to the Philippines Islands"* de Sir John Bowring, quien estuviera en las Islas en 1859.

ACHUETE: Achiote. Se emplea, lo mismo que en México, para dar color y sabor a ciertos guisos, sobre todo carnes.

ATOLE: Maza de arroz desleída en agua. En México se hace con masa de maíz y en las dos partes se usa para preparar el "champurrado".

AVOCADO: Anglificación de la palabra nahua "aguacate". No he encontrado mención de esta fruta en las crónicas antiguas para saber si se llamaba con su nombre mexicano. Es fruta que tiene mucha antigüedad en las Islas.

CACAHUATE: En Filipinas se le llama así a un arbusto que se utiliza para formar setos vivos alrededor de las casas. A la raíz que en México se le llama cacahuate, en Filipinas se le da el nombre caribe de "maní" y, últimamente, con mayor frecuencia, el nombre inglés de "peanut".

CACAO CAMACHILE: Un arbusto semejante al árbol del pan (*Artocarpus Communis*) El nombre es de indudable origen mexicano. En el chavacano que se habla en Cavite encontramos un verso: "Bajo un pono (árbol) de camachile grande".

CALACHUCHI: Una flor semejante a la que en México se llama cacalosúchitl.

CAMOTE: En Filipinas se le da este nombre exclusivamente al camote blanco. El que en México se llama "camote morado" recibe el nombre tagalo de "ube", emparentado con el nombre que recibe en Polinesia. En Hawai se dice "uhi" y "uti" en las Islas de la Sociedad. Probablemente es planta de origen asiático que pasó a América, tal vez con las migraciones polinesias. Más tarde regresó a Filipinas con su nombre mexicano. Existen dos islas llamadas de Camotes y una montaña con ese mismo nombre al norte de Luzón.

CHICO: Contracción de "chico zapote", fruto del árbol del chicle o tzictli. La palabra nahua se hispanizó a "chico", nombre con el cual se conoce la fruta en México y en Filipinas.

CHIQUILITE: Hierba mencionada por Quiroz en la relación que le hace a don Antonio de Morga de su viaje. Es extraño que siendo Quiroz de extracción peruana use este término mexicano. El doctor José Rizal, en sus notas al libro de Morga, dice que probablemente se refiere a la planta conocida en Filipinas con el nombre de "kilite", esto es, el quelite de México.

CHOCOLATE

GUANÁBANA

GUAVA: Probablemente una degeneración norteamericana del nombre de la guayaba. Esta fruta es muy conocida en Filipinas.

GUAYABA

GUACHINANGO: Mote con el cual se conocía a los soldados mexicanos en Filipinas. Así lo asientan varios cronistas, como Fulgosio en su *Crónica General de España* en el tomo referente a las Filipinas. En México es el nombre que se da a un pez.

KILITIS: Ver chiquilite.

MECATE: Cuerda.

NANAY: Madre, mujer anciana de respeto. En México se usa el término: nana.

PANOCHA: Azúcar morena sin refinar. No he podido encontrar el origen de esta voz con ese significado. En España se refiere a los campesinos de Murcia. En Centro y Sudamérica el producto se conoce popularmente con otros muchos nombres, como "mancuerna", "panela", "papelón" "piloncillo", pero sólo he oído el nombre panocha en México y en Filipinas.

PAPAYA

PAZOTE: Epazote. En Filipinas se utiliza como planta medicinal y muy rara vez como condimento en las comidas. Es indudablemente una planta traída de México.

PETACA: Maleta. Úsase especialmente para la cartera hecha por lo general de palma tejida, donde se guarda el tabaco.

PETATE: Estera. Urdaneta usaba ya este término, que se sigue utilizando, tanto en el español, como en tagalo y otros idiomas, y en chavacano.

SAYOTE: Chayote.

SILI: Chile.

SINCAMA: Jícama. Gemelli Carreri le llama "xicama" con mayor propiedad.

SUCHIL: Flor. Ramo pequeño de flores para olerse que encontramos mencionado en Fernández Navarrete y en el Diccionario de Stevens.

TAMAL: Manjar envuelto en hojas de plátano y cocido al

vapor. En Filipinas se suele hacer de arroz, de cacahuete y otros condimentos.

TATAY: En México, tata. Padre, hombre de respeto.

TIANQUI: Tianguis, mercado. En Luzón se ha perdido casi por completo el uso de la palabra y, por lo general, se dice "palenque", pero se conserva como voz popular en Vizayas y el norte de Mindanao.

TOMATE: Palabra ya de uso universal, se refiere a "jitomate" de México.

ZACATE: Pasto, grama utilizada especialmente para forraje de caballerías. En un cuento chavacano de Cavite "El Vieja Religioso y su Puelco" encontramos: "...entre maña zacate".

ZAPOTE: Árbol frutal que produce el "chico" o el "zapote prieto". A la fruta del primero se le llama simplemente "chico" y a la del segundo "zapote". Entre Manila y Cavite existe un río, famoso por las batallas del General Aguinaldo, que se llama así.

Además de éstas y otras muchas voces de origen nahua, se encuentran algunas de etimología caribe, traídas también indudablemente por los soldados y marinos mexicanos o por los españoles. Podemos citar las siguientes:

BARBACOA: Se da este nombre a una carne asada en las brasas, ensartada en varas de bambú. Probablemente el término viene de barbarismo norteamericano "barbecue".

CACIQUE: Ya casi se ha perdido esta voz, pero los escritores del siglo XIX en español aún la usaban con frecuencia.

CANOA: Voz también ya casi perdida y lógicamente suplantada, siendo el filipino un pueblo de marinos, por las voces locales como "vinta", "bangka" o "prao".

CASABA: Harina de yuca.

MAÍZ

MAGUEY: Aunque la humedad del clima filipino no se presta a este tipo de vegetación, hay maguey henequenero en algunas zonas, al sur del Golfo de Ligayen.

MAMEY: Fruta del mamey.

MANI: Cacahuete.

NAGUA: Falda, saya.

TABACO

YUCA

Por otra parte, en el habla española que aún queda en Filipinas encontramos varias voces que toman el sentido mexicano y no el español, como “banqueta” por “acera”; “apurarse” por darse prisa; “jalar” por tirar de algo y “champurrado” para nombrar una bebida hecha con atole y chocolate. En España champurrado es un refresco de vino y jugos de frutas.

Como ya hemos visto, existe en Filipinas un idioma que se llama “chavacano”, mezcla del español y varios idiomas vernáculos. Antiguamente había tres dialectos chavacanos: el ermitaño que se hablaba en Ermita, zona cercana a la ciudad de Manila, ahora absorbida por la ciudad. Este dialecto se ha perdido. El caviteño que se hablaba en Cavite y se habla en la actualidad en ese puerto, y el zamboango de la provincia de Zamboanga, en Mindanao. Originariamente estos dialectos fueron traídos a Filipinas por las familias cristianas, mestizas de malayo y portugués que huyeron de los Molucas cuando los holandeses se adueñaron de esas islas. Pronto se fueron perdiendo las características portuguesas para tomar las españolas. Se calcula que los ternateños que emigraron a Manila y se establecieron principalmente en Cavite y Ermita en un principio y, posteriormente, en Zamboanga, eran unas doscientas cincuenta familias. En Cavite estaban los astilleros donde se fabricaba y reparaba el galeón y donde abundaban, por lo tanto, los soldados y marinos mexicanos. Al ir modificando el dialecto, de una base portuguesa a una base española, tomaron el español de esos mexicanos. Así el doctor Keith Whinñon de la Universidad de Hong Kong, en su brillante estudio: *Spanish Contact Vernaculars in the Philippine Islands* afirma: “Es el español mexicano quien da la base para esos contactos vernáculos”.

Por las voces mexicanas o mexicanizadas que encontramos en Filipinas vemos qué tipo de mexicanos eran los que transculturaron tan profundamente el filipino. Eran hombres del pueblo, no de las élites culturales o económicas. Traían frutos humildes que les eran necesarios para sus pequeños goces

de la mesa, como la jicama o el chayote y condimentos como el chile y el achiote. Con ellos modificaron hasta ciertos puntos las costumbres alimenticias de los filipinos, introduciendo no tan sólo los frutos, sino maneras de guisar, como en el caso del atole o del tamal.

Y el mexicano que entraba en la vida filipina diaria, afectó también las relaciones familiares. De México, por ejemplo, vino la institución del "compadrazgo", no tan sólo como una relación extrafamiliar, a la manera de la Iglesia, sino como un lazo de enorme fuerza entre individuos y familias, que afecta profundamente la estructura social y hasta la política. En contra de la costumbre europea cristiana de que cada niño tiene un padrino de bautismo, en México y en Filipinas se extendió el número de padrinos, hasta abarcar la mayor cantidad posible de personas. Hay padrinos de bautismo, de confirmación, de primera comunión, de boda, de velación, de la casa nueva, del primer diente, etc. A la vez la relación de mayor importancia no se estableció entre el padrino y el ahijado, sino entre el padre del ahijado y el padrino, esto es, entre los nuevos compadres. En esa forma, la relación se hizo mucho más estable y de mayor fuerza, ya que se formó entre gente en la misma etapa de la vida y dentro del mismo límite de edad. Tanto en México como en Filipinas existe la tendencia de escoger padrinos entre la gente de importancia, de ser posible de más alta categoría social o económica que los padres del ahijado. Al principio en ambos países los naturales recién convertidos buscaban como padrinos para sus hijos y, por lo tanto, como compadres a alguno de los conquistadores o de los españoles de importancia, y es frecuente ver que el bautizado adopta el nombre del padrino. Es claro que la relación más importante que se buscaba en este sistema, no era la del ahijado niño con el padrino, sino la del compadrazgo. La práctica llegó a tales extremos que en 1599 la Audiencia de Manila tuvo que prohibirle a los chinos que vivían extramuros de la ciudad el que sirvieran como padrinos a los hijos de los tagalos. Se consideró que la fuerza del parentesco que se estaba creando, podía poner en peligro la seguridad de la

sociedad española en las Islas. Así, desde aquellos tiempos ya se observaba la importancia política del compadrazgo y en la actualidad en Filipinas se podría usar el dicho mexicano: "No le pido a Dios que me haga Presidente, sino que haga a mi compadre".

EN MATERIA RELIGIOSA la influencia mexicana fue de gran importancia. Por un lado se nota la influencia, que ya hemos estudiado, de los mismos misioneros, mexicanos los unos y españoles los otros con muchos años de trabajo en la Nueva España. Saben ya por ejemplo, debido a la su experiencia en la conquista espiritual de México que, al traducir las oraciones cristianas a los idiomas vernáculos, tienen que dejar en castellano los nombres de Dios y de la Virgen, para que los naturales no los confundan con sus antiguas divinidades. Saben también que no lograrán desterrar las costumbres indígenas paganas sin aportar algo nuevo, algo atractivo que alegre y de interés periódico a la monótona vida campesina. Así, como en México, establecen las grandes fiestas de los santos, con sus danzas y juegos. Pasa a Filipinas la danza de "moros y cristianos". Entre los indios de México el moro era una ficción imaginativa, algo completamente irreal, como un cuento de hadas. Ninguno sabía bien a bien quién había sido Mahoma y los versos de los antiguos romances carolingios se recitaban, como se siguen recitando ahora, sin entenderse. Son cosas completamente ajenas para el nahua, para el purépecha o el maya. Pero cuando la danza llega a Filipinas, llevada probablemente por los padres franciscanos, el pueblo sabe lo que es un moro, conoce a Mahoma y ha sufrido las invasiones del islam, ha visto las grandes empresas de corso y de piratería. Naturalmente que para el filipino la danza cobra un sentido nuevo. Se convierte en el "Moro-moro" que aún se celebra en muchos barrios y fiestas populares. Pero los romances carolingios se han muerto ante la realidad de los rajás y datus de Jolo y Sulu o de Mindanao. El Moro-moro se vuelve una representación teatral, con sus reyes, sus princesas y sus caballeros que tanto gustan al pueblo. En México se ha conservado el

recuerdo de las guerras en contra de los moros que se hacían en tiempos "mitológicos" en España, con esa fidelidad con la cual los pueblos conservan sus cuentos de hadas. Pero cuando la base de la historia es real, como en Filipinas, ésta toma una vida nueva y se transforma en cada generación.

En estas grandes fiestas de los santos encontramos otras aportaciones mexicanas. En la Isla de Marinduque, uno de los lugares más hermosos del mundo, por Semana Santa se celebra el festival de los Moriones. Hombres con máscaras de centuriones romanos persiguen a Longinos por las calles y entre los cocotales o el lecho seco de los ríos, hasta que lo alcanzan y lo degüellan, quitándole su máscara. El castigo de Longinos se debe a que han aceptado la divinidad de Cristo. Esta costumbre, según una muy vieja tradición, fue llevada de México, por un misionero jesuita que había estado en Cuernavaca anteriormente.

En la misma celebración en Marinduque se observa otra costumbre de marcada influencia mexicana, que no proviene probablemente del clero, sino del pueblo. Los "penitentes" de Marinduque y otros muchos lugares de las Islas se azotan las espaldas durante la Semana Mayor. Penitentes públicos se encuentran en España y en Italia con gran abundancia, pero se trata por lo general de hombres que quieren expiar sus pecados, que hacen penitencia por ellos, para que les sean perdonados por la Divinidad. En México o en Filipinas, por lo general, el "penitente" no está expiando ningún pecado. Se sacrifica porque así se lo ha prometido a Dios o a algún santo para adquirir la salud perdida, la propia o la de algún familiar; para tener suerte en los negocios; para escapar un peligro y, en algunos casos, para pedir la muerte pronta de algún enemigo. Es una "manda" que puede durar varios años y hasta heredarse de padres a hijos.

Entre las imágenes religiosas, hay muchas mexicanas. En uno de los primeros galeones llegó a Manila una imagen de la Virgen igual a la de la Salud de Pátzcuaro, a la de San Juan de los Lagos, de Zapopan y Talpa. En Filipinas se le venera aún bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje. En su advocación van dos aspectos de la

vida filipina de capital importancia: la paz en sus relaciones con los moros, con los holandeses y los ingleses, y el buen viaje, factor imprescindible si la ciudad habría de seguir floreciendo en el tráfico del galeón. Otras imágenes de origen mexicano son El Cristo Negro de Quiapo, objeto de singular veneración en la parroquia de ese nombre que quedaba fuera de las murallas de la ciudad y era barrio de tagalos. En 1687 llega una imagen de la Virgen de Guadalupe de México para la villa de Pangsanján, en la Provincia de Laguna. Se le declaró patrona de esa villa. En 1945 una bomba americana destruyó tanto la imagen como la Iglesia, que ha sido reconstruida bajo la misma advocación, con una nueva imagen mexicana.

En la música popular filipina se observa también una marcada influencia mexicana, no tanto de ahora, sino de hace dos o más siglos. En la actualidad la música popular moderna mexicana, sobre todo el mariachi, está de moda en Filipinas y por todos lados se escucha. Pero en Zamboanga, éñ idioma chavacano, encontramos rastros de muy viejas canciones mexicanas como en ésta:

Abajo de mi ventana — tiene un pono de limoncito,
 cada rama siete plores — cada plores un bisito.
 Abajo de mi ventana — tiene un pono de naranjita,
 ya partí para comé — ya salí siete bonita.
 Siete palo tiene el monte — sambón, sampáloc, sandía,
 santol, sampinit, sampaga — hierba de Santa María.

Como se ve, hay un indudable rastro de la canción antigua de México en esta letra. También en la música se encuentra el jarabe que aún se baila en varias provincias.

Hay otro aspecto de la transculturación popular mexicana que nos hace ver que los hombres que llevaron allá a Filipinas las maneras de ser de México, eran de origen humilde, gente del pueblo. No alteraron prácticamente los nombres geográficos de las Islas. Ya hemos mencionado el río del Zapote y las islas y cerro de Camote. Hay una ciudad ya unida a Manila que se llama Caloocan. Su etimología parece confusa. Puede ser nahua y puede ser tagala mexi-

canizada, como sucedió con el nombre de una población en Pampanga, México, cuya etimología es la voz pampanga "Masicu" la cual, hispanizada o vertida a sonidos que el español conocía ya, se convirtió en "México". También en Filipinas, como en la Nueva España se formaron esas curiosas palabras híbridas, como "tlapalería", con raíz nahua y desinencia española. En Filipinas encontramos "carindería" o sea un sitio donde se vende un manjar llamado "carin" en tagalo. Encontramos también "pancitería", el sitio donde se vende el "pancit", especie de fideo de origen chino.

Por la huella que dejaron, podemos conocer a los mexicanos anónimos que pasaron a Filipinas. Eran del pueblo, como ya hemos dicho y probablemente no fueron muchos. Durante los doscientos cincuenta años de contacto, se puede calcular que habrán pasado de treinta a treinta y cinco mil hombres. Muchos de ellos pasaron posteriormente a las Islas Marianas, donde también dejaron su huella.

Al observar las palabras que españoles y mexicanos aportaron al idioma tagalo que se habla ahora en Manila y sus alrededores, nos encontramos con una sorpresa. En la actualidad más del cuarenta por ciento de las palabras usadas en el habla diaria tagala son españolas o mexicanas. Muy pocas se han originado en el inglés. Las palabras necesarias para el comercio, para la industria, para la política, la administración y la justicia, lo mismo que para la religión, son españolas. Así en una reciente campaña política electoral se veían carteles con este texto. Partido Nasyonalista, candidato opicyal ng pagka konsehal". Se dice "koreo" y "konpeyson". Los días de la semana y los meses tienen nombres en español. En español se cuenta el dinero.

Pero en cambio las palabras del uso familiar, las palabras que pudiéramos llamar íntimas y diarias, son mexicanas. Nombre mexicano tiene el petate sobre el cual se duerme; nombres nahuas tienen el zacate para el caballo y los cerdos, el tianguis, la petaca, el atole para el desayuno o la merienda y el tamal de las celebraciones pascuales en familia. Del Caribe, traído por esos mexicanos, encontramos la "nagua" que entraña todo lo femenino, todo lo familiar.